

El homenaje a Sorolla en Muros de Nalón en su primer veraneo con otra luz

Dos fotografías del farmacéutico y cronista gráfico Francisco Martín Pino documentan la amistad del pintor valenciano con la colonia artística a partir de 1902

● ALICIA VALLINA



El pintor Joaquín Sorolla pasó cuatro veranos consecutivos entre Muros del Nalón, Soto del Barco y San Juan de la Arena. Cuando llegó a Asturias por primera vez era julio de 1902 y el valenciano ya era un artista enormemente reconocido que había obtenido el Gran Prix en la Exposición Universal de París dos años antes por su excelente obra «Triste herencia».

Siguiendo los datos aportados por José Carlos Miranda Costales, el artista valenciano había escrito antes a su amigo, el farmacéutico y pintor praviense Tomás García Sampedro, el 25 de junio de 1902, desde el Hotel Noriega en León, para decirle que «... vamos a Asturias y, como no conozco el país, a ti me dirijo para que me ilustres y tiendas tu manto protector para que no pierda el verano y mi familia lo pase lo mejor posible. ... estamos en ésta [León] esperando solamente tu carta para emprender la salida. Agustín [Lhardy] me indicó que El Pito es un sitio muy bello por la proximidad a Cudillero que, según todos, es cosa notable. En fin, tu carta es la que todo lo debe decidir».

La amistad entre Sorolla y García Sampedro se había forjado 15 años antes durante la estancia de ambos en Roma, el primero gracias a una beca financiada por la Diputación de Valencia, el segundo por la de Oviedo. Sorolla tenía intención de hospedar-se cerca de Cudillero, a pesar de que García Sampedro le había ofrecido su finca familiar de La Pumariega, donde el asturiano había fomentado, junto al pintor alcarreño Casto Plasencia, la creación de una colonia de artistas centrados en la representación del paisaje naturalista, amenazado por los avances del progreso y de la industrialización, e inspirado en la escuela francesa al aire libre de Barbizon.

Como el pintor valenciano viajaba con toda su familia, declinó la invitación de García Sampedro y terminó, siguiendo la recomendación de su amigo, por alojarse en San Juan de la Arena, donde pasó su primer verano en Asturias en 1902.

Sorolla también le dejó claro al artista asturiano, en una carta fechada el 1 de julio de ese mismo año, su in-



tención de conocer Avilés «...donde pienso estar un par de días ... Desde Avilés iré yo solo a buscarte para reconocer el terreno y elegir donde pasamos dos meses o tres. Acepté tu ofrecimiento de acompañarme con toda mi alma, pues sin eso daría muchos tumbos y me quitaría mucho tiempo». El valenciano necesita a alguien que le guiara por Asturias y le indicara los mejores lugares para pintar.

Joaquín Sorolla descubrió entonces los parajes y la vida sencilla del pueblo asturiano. Le gustaba pasear en barca por la ría de San Esteban, contemplar a los pescadores descargar su captura tras una larga jornada, pasear siguiendo el curso del Nalón y jugar a la petanca o al dominó en el Casino de Muros. El también boticario y aficionado a la fotografía, Francisco Martín Pino, amigo y colega de García Sampedro, tomó ahí las dos instantáneas que se conservan actualmente en el Museo Sorolla de Madrid con motivo de la comida-homenaje que el Casino organizó en honor al genio valenciano el 23 de agosto de 1902.

Gracias a las investigaciones de Miranda Costales sabemos que Martín Pino fue el primer cronista fotográfico del concejo de Pravia y que tuvo una relación muy directa y de amistad con muchos de los miembros de la Colonia de Muros (pudiendo él mismo formar parte de ella). Buena parte de estos pintores empleaban la



técnica de la fotografía para definir los encuadres de sus obras, como hacía Sorolla, que había aprendido la técnica al trabajar, con 15 años, como iluminador en el estudio de su suegro, el gran fotógrafo valenciano Antonio García Peris.

Las fotografías a las que hacemos referencia son positivos antiguos realizados en papel con emulsión de gelatina y bromuro de plata, llamado gelatina POP, sobre cartón crema la primera, gris la segunda.

La primera de las imágenes, atendiendo a la catalogación realizada por Roberto Díaz Pena, pudo ser tomada en el Carbayón, un gran prado arbolado en el que, en torno a una copiosa mesa se disponen cerca de una veintena de comensales. En el centro, a la derecha, Sorolla barbado y sin sombrero, por aquel entonces con 39 años, mira directamente a la cámara.

En la imagen superior, en el centro, a la derecha, Sorolla barbado y sin sombrero, mira a cámara. Sobre estas líneas, los comensales escuchan a un gaitero.

Quizá García Sampedro sea el segundo de los convidados a la izquierda, de traje oscuro y de perfil. Es difícil identificarlo. A la derecha de la composición se reconoce, estante, a un gaitero y dos doncellas que parece encargarse de servir la comida.

La segunda de las fotografías inmortaliza el momento, después de dar buena cuenta de las viandas, en el que un gaitero deleita a los invitados con su música mientras estos, alrededor de él, escuchan distendidos la melodía. Sorolla se encuentra en tercer lugar a la derecha de la composición, esta vez tocado con sombrero oscuro y con un puro en su mano izquierda.

Sorolla regresó de nuevo los tres veranos siguientes impresionado por la tierra asturiana, sus contrastes cromáticos y la incidencia de la luz sobre el paisaje. En 1905, última vez que isó Asturias, retrató a su amigo García Sampedro en un lienzo abocetado, dedicado y conservado hoy en una colección privada madrileña.

La relación entre ambos se mantuvo tiempo después y el Museo Sorolla de Madrid conserva dos cartas enviadas por García Sampedro, fechadas en el verano de 1906, que atestiguan el cariño que se profesaban. Una del 4 de julio recoge la sincera felicitación del artista asturiano a Sorolla por su reciente triunfo en la exposición que el maestro inauguró el 11 de junio en la galería Georges Petit de París, y que le abriría las puertas de Alemania y también de Londres. «Querido Joaquín:/ Ayer he leído en la prensa/el triunfo colosal alcanzado/ en París con la exposición de/ tus cuadros y no puedo menos/ de felicitarte aunque/ convencido de que mi felicitación/ será la más insignificante/ de todas cuantas recibas, / será, sin embargo, una de/ las más leales y entusiastas/ tuyo siempre afectísimo y buen amigo/».

La relación del valenciano con los pintores y artistas asturianos de la Colonia de Muros de Nalón fue especialmente fructífera para su trabajo, incorporó en su paleta las tonalidades de los montes, costas y pueblos de la región, fascinado por los contrastes lumínicos que tanto distaban de los de su tierra natal.

Alicia Vallina es conservadora de museos nacionales